

CAPACITACIÓN APOSTÓLICA SOBRE 1 CORINTIOS 14.

Ateos, 2 de abril de 2016.-

TODO LO QUE ES DE CARÁCTER PERSONAL ES IRRELEVANTE EN LA REUNIÓN.

Lo que digamos en las reuniones debe tener el sello de la edificación. Si lo que decimos en las reuniones es de carácter personal, no lo digamos. Con esto no quiero decir que no podemos dar un testimonio, o una experiencia de nuestra vida, sino que el origen o la motivación que nos lleve a hablar debe provenir de Dios, y no de nuestro propio deseo. Lo que proviene de Dios llevará el sello de la edificación. La profecía no es para que se sienta bien el que habla, sino para edificar a la Iglesia del Señor. Tengamos el cuidado de no convertir las reuniones en “terapias de grupo” como sucede en la psicología, pues, somos la Iglesia del Señor. No tenemos el derecho de hablar de nosotros mismos, ni siquiera para desahogarnos, eso no es profetizar. El que habla no debe buscar sentirse bien por lo que dijo, sino debe procurar bendición para el oyente.

El propósito de profetizar en las reuniones es buscar edificar a otros, y no realizarnos diciendo lo que nosotros queremos. El apóstol Pablo, en 1 Corintios 14, utiliza el gran ejemplo del don de lenguas, pues, en ese tiempo la Iglesia tenía un gran auge en cuanto a la ministración de este don, sin embargo, el apóstol lo pone como ejemplo de que ni siquiera ese don tan hermoso debe ser usado en la Iglesia si es de carácter personal. Debemos revisarnos qué es lo que sucede en las reuniones.

Yo me quedo corto para darles ejemplos de cómo deben ser las reuniones, y las cosas que deben evitar en ellas por la razón de que no estoy con ustedes todo el tiempo, pero les exhorto sobre este punto, pues, me he dado cuenta que siempre hay los que sacan sus cosas de carácter personal en las reuniones. Por ejemplo, algo personal pueden ser las participaciones de los hermanos que dicen cosas fuera del contexto de la reunión, están tan metidos en sí mismos que no ponen atención a lo que los demás están diciendo, de repente, empiezan a hablar pensamientos aislados a lo que los demás están diciendo, de manera que no se les entiende lo que dicen. Otro ejemplo de esto es lo que dijo el apóstol Pablo en *1 Corintios 14:18* **“Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros; v:19 sin embargo, en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir también a otros, antes que diez mil palabras en lenguas”**. En los tiempos de Pablo muchos hermanos hablaban en lenguas, pero él los exhortó a que fueran medidos en las reuniones de Iglesia debido a que hablaban en lenguas y nadie las interpretaba para edificación de la Iglesia. Hoy en día “no muchos” tienen el don de hablar en lenguas, sin embargo, los pocos que lo tienen, lo usan para jactarse de sí mismos convirtiendo la profecía en algo de carácter personal. Hay otros hermanos que se dedican a contar sus éxitos, sus logros, sus avances, etc, y al final dicen que eso es *“para la Gloria de Dios”*. Cualquier cosa que sea de carácter personal, aun así sea de Dios, no tiene lugar en las reuniones. Cuidemos de no exponer nuestros gustos, ni nuestra manera de ser en las reuniones, porque eso no trae edificación a la Iglesia.

Cada vez que decimos algo a beneficio de los hermanos, o en pro de la edificación mutua, estamos contribuyendo a la edificación de la Iglesia, estamos poniendo piedras labradas que se adaptan al edificio que Dios está levantando. Por el contrario, cuando impartimos lo que es nuestro gusto, o nuestro placer, es como cuando queremos poner un adorno que no hace juego con la casa en la que lo queremos poner. Se me ocurre esto al pensar en una pareja de esposos que en una ocasión fueron a visitar a un hermano que era ganadero y muy adinerado. Se imagina qué clase de casa tenía este hermano en su finca, era una casa preciosa e inmensa, en cambio la pareja de esposos vivía en una casa “normal” (de las que parecen cajas de fósforos), una casita de colonia. La pareja de esposos quedó muy congraciada con el dueño de la finca, así que el señor les dijo que se llevaran de recuerdo un adorno que él tenía que en su sala, eran los cuernos de un toro, pero eran algo fuera de serie, eran grandísimos. En aquella casa de campo, esos cuernos se miraban preciosos, pero en la casita del hermano, lejos de adornar, llegaron a ser un

gran problema, porque casi se sacaban los ojos ellos mismos con los cuernos. Algo así es lo que debemos cuidar en las reuniones, que lo que digamos vaya acorde al ambiente que el Espíritu está propiciando.

No podemos intervenir a nuestro deseo y antojo en las reuniones, y digo esto especialmente por los hermanos cantores y músicos. En muchas reuniones, los dones de la música y el canto, lejos de bendecir han venido a ser un problema. Muchas de estas participaciones están cargadas de egocentrismo y vanagloria, por lo que yo les pido encarecidamente a los hermanos que tienen estos dones a que sean medidos por el Espíritu en sus participaciones. Traigan a la casa de Dios lo que es de edificación para la Iglesia.

DEBEMOS DARNOS A ENTENDER CON CLARIDAD

No es típico que hablemos para confundir a otros, no es del corazón de Dios que nuestras palabras causen más misterio que explicación. Las reuniones se deben prestar para que nosotros demos luz a los hermanos, que las tinieblas de ignorancia se disipen mediante la exposición de la palabra. Debemos ser claros al hablar; el apóstol Pablo dijo: **“Porque si la trompeta da un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? v:9 Así también vosotros, a menos de que con la boca pronunciéis palabras inteligibles, ¿cómo se sabrá lo que decís? Pues hablaréis al aire”.** (1 Corintios 14:8–9). Hermanos, la profecía debe ser clara y entendible para los demás, no cabe la excusa de decir, **“no sé cómo decírselos...”**. Si alguien no tiene claro lo que quiere decir, quédese callado; la profecía no es para que nos sintamos bien en nuestra conciencia de que dijimos algo, sino para que edifiquemos a la Iglesia.

TODOS LOS DONES DEBEN TENER COMO FIN LA EDIFICACIÓN Y NO LA DEMOSTRACION.

Cuando los miembros se vayan desarrollando en cada una de las Iglesias locales, va a darse un problema si no atendemos una situación que les aconteció a los Corintios. Los hermanos de Corinto se prestaron tanto al fluir de los dones, que en determinado momento llegaron a ser un caudal, que lejos de ser bendición para las reuniones, se convirtió en desorden y confusión. Ellos llegaron al punto de convertir el fluir de los dones en una demostración de espiritualidad y, por supuesto, en una vanagloria personal.

Hermanos, los dones no son para que mostremos lo que tenemos, sino para que edifiquemos al Cuerpo de Cristo. Hay un momento en que lo mejor es que los dones se detengan; el apóstol Pablo dice en **1 Corintios 14:32 “Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas”**; esto nos muestra que no necesariamente debemos dar todo lo que tenemos, sino que tenemos que aportar aquello que en su momento edifique a la Iglesia. El sentido de profetizar no es demostrar qué tanto tenemos de Dios, sino edificar. Es fácil que alguien se extravíe con un don, pues, se presta al orgullo y el exhibicionismo, por ello debemos tener mucho cuidado con los dones.

Yo recuerdo que años atrás, en el tiempo que estuve caminando bajo el ministerio del apóstol Ríos, él siempre nos daba a entender que lo que compartía Dios se lo daba unos dos o tres minutos antes de comenzar la reunión, y en su mayoría sus enseñanzas eran cosas galácticas, él tenía una frase: **“Esto que les estoy compartiendo es carne de mamut”**. Esto hizo que muchos hermanos hicieran lo mismo y se inclinaron a lo novedoso, a lo imaginativo, de manera que una gran mayoría de los hermanos que pertenecieron a ese ministerio usaron su don más para exhibirse que para edificar. Muchos hablaban cosas que ni siquiera las habían procesado bien en su espíritu, sino era el producto de su lucidez mental, sumado a un don bien ejercitado, pero usado de manera incorrecta. Con el pasar de los años me di cuenta que ese tipo de enseñanza sólo crió a una generación ignorante, pues, los demás hermanos nunca fueron capaces de reproducir el mensaje en otros; ese fue el efecto de usar los dones para demostración y no para edificación.

El sentido de la edificación es como lo que dice **Génesis 1:12** **“Y produjo la tierra vegetación: hierbas que dan semilla según su género, y árboles que dan fruto con su semilla en él, según su género. Y vio Dios que era bueno”**. Qué sabiduría la de Dios, él hizo la creación de manera que podemos comernos el fruto de un árbol, y luego sembrar la semilla de ese fruto para que se multiplique mucho más. Así debe ser el sentido de edificarnos en las reuniones, debemos disfrutar lo que Dios nos da, pero debemos procurar que nos quede la semilla para sembrarla en otros. Muchos no tienen el cuidado de sembrar en otros, sino sólo disfrutan lo que han recibido y allí muere el proceso, esto es ocupar el don para demostración. Debemos ocuparnos de profetizar de modo que la gente disfrute lo que viene de Dios, pero que también se edifiquen reteniendo una palabra que después de fruto en ellos.

Yo por años cometí este error de usar el don más para demostración que para edificación. Hace algún tiempo entendí que no debía seguir más en ese camino, y ha sido difícil para mí dejar mi manera antigua de predicar. Me he sentido cargado de parte del Señor de profetizar para edificar, y para ello he invertido dinero en dispositivos electrónicos que permitan que ustedes capten de mejor manera la palabra para que después ustedes la compartan a otros. Para mí era más cómodo predicar como lo hacía antes, pero me di cuenta que eso era infructífero para la Iglesia. Reconozco que el ministerio que Dios me ha dado es muy profundo en el conocimiento, pero también Él me ha dado la capacidad para que dé a conocer Sus misterios, de modo que los enseñe, que ustedes aprendan, y no sólo que admiren lo que Dios me da. Yo les suplico encarecidamente a todos, que se ocupen de profetizar de modo que edifiquemos la Iglesia del Señor.

CARACTERÍSTICAS DE LA PROFECÍA: Revelación, Conocimiento Profecía y Enseñanza.

“Procurad alcanzar el amor; pero también desead ardientemente los dones espirituales, sobre todo que profeticéis. (1 Corintios 14:1). El apóstol Pablo le da realce a la profecía, así que veremos algunas cosas importantes que debemos considerar al respecto.

Dice 1 Corintios 14:6 **“Ahora bien, hermanos, si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿de qué provecho os seré a menos de que os hable por medio de revelación, o de conocimiento, o de profecía, o de enseñanza?”**. El apóstol está diciendo estas cosas en base a la profecía, es lo que él viene desarrollando desde el v:1. Para mí, estas cuatro cosas: La revelación, El conocimiento, La profecía y la Enseñanza se resumen a dos aspectos generales. Lo primero es que la profecía viene por medio de la revelación, y lo segundo, se refiere a la enseñanza, la cual viene a través del conocimiento.

El mensaje profético aunque sea algo bíblico requiere una dosis de frescura que viene por medio de la revelación. En otras palabras, para profetizar necesitamos revelación, ésta es la llave que necesitamos para poder dar una profecía. Nadie puede profetizar en una reunión, a través de un canto, una palabra, etc. a menos que en ese momento lo impulse el Espíritu a hacerlo. En lo personal, a mí me ha sucedido que al estar en las reuniones de Iglesia, aunque tengo en mi computadora almacenados una gran cantidad de mensajes que nunca los he compartido, cada vez que sé que tengo que compartir me aflijo delante del Señor (tal como lo he hecho durante treinta años), y sé que aunque tengo cientos de bosquejos, no tengo el derecho de agarrar un mensaje al azar y compartir de eso. Yo he descubierto con el pasar del tiempo que, aunque tengo que prepararme siempre y llenarme de conocimiento, para poder profetizar necesito un impulso del Señor para hacerlo. Muchas veces, entre semana, Dios me ha hablado lo que tengo que predicar en alguna Iglesia, pero la experiencia me dicta que siempre debo esperar que, a la hora de la reunión, el Señor me vuelva a dar el “impulso” para profetizar. Esto es más o menos como la cocina de un chef, usted allí encontrará carne de res, carne de pollo, chorizos, frijoles, especias, verduras, etc. pero por muy buen cocinero que sea, no puede tener cocinadas todas las cosas. Un

buen cocinero, aunque tenga guardado un poco de todo, saca lo que va a cocinar en el momento. Así debemos ser nosotros, debemos prepararnos, debemos tener conocimiento, debemos guardar la palabra que Dios nos habla en el día a día, pero al llegar a la reunión, debemos estar atentos a lo que el Espíritu quiere decir en ese momento a través de nosotros. Nosotros hemos hecho el error de dar siempre lo que hemos recibido durante la semana sin esperar un toque de revelación a lo que hemos de decir. El problema no es lo que hemos recibido y guardado, el problema es que no hemos sido sensibles para profetizar en las reuniones conforme al deseo del Señor.

La profecía debe tener la característica de la revelación que da el Espíritu Santo. La revelación no es recibir algo nuevo, sino es que *“el velo le sea quitado a algo de modo que se descubre”*, en otras palabras, es lo que sucede cuando el Señor vuelve a iluminar lo que ya nos dio con anticipación. Por ejemplo, si a mí entre la semana me pasa un gran milagro, no necesariamente tengo que contarle en la Iglesia, a menos que me venga la revelación (un toque fresco) del Espíritu Santo para profetizarlo en la Iglesia. Si ese milagro lo puedo percibir con tal grado de realidad, y unción, tal como me sucedió entre la semana, entonces, profetizo acerca de eso.

Por otro lado, en cuanto a la enseñanza, debemos exponerla en base al conocimiento. No tratemos de dar una enseñanza de aquello en lo que no hemos procurado el conocimiento. Seamos honestos, sensatos, y diligentes para alcanzar conocimiento. Si en algún momento queremos dar una enseñanza sin haber estudiado previamente, lo mejor será no decir nada.

Resumo todo lo dicho anteriormente con las siguientes palabras: *“El mensaje profético, aunque sea algo bíblico, requiere de una dosis de frescura que viene por medio de la revelación; la enseñanza requiere de una dosis de conocimiento que lo obtenemos por medio del estudio y el aprendizaje bíblico”*. ¡Amén!